

vida lleno de criaturas de Dios. Repito lo que he leído, lo que nadie se ha tomado la molestia de contradecir. Hay en esto un pensamiento consolatorio, y yo le accho: ahí tienes todo el misterio de mi fe que crees tan viva, y que no es después de todo, mas que esperanza.

—Alarico, dijo entonces pensativamente Silvia, mientras mas pienso en tus teorías sobre el dominio de lo incógnito, mas me imagino que solamente tratas de hacerme creer en los espíritus del porvenir para consolarme de las congojas de lo presente.

Parecióme entonces ver una sonrisa de felicidad despejar el rostro del jóven, pero si es que tal sonrisa hubo la jóven no puedo advertirla, pues fué rápida como un relámpago.

—¡No! Yo no hago mas que repetir lo que los estudios, quizá demasiado abstractos, me han enseñado. Abre, vida mia, á Apuleyo y muy detenidamente te dirá que hay en el hogar doméstico unos espíritus consoladores, almas de aquellos con quienes nos han estrechado, bien la proximidad de la sangre, bien los vínculos del corazon. Nombrábanles ya *lares ó penales* en su tiempo, por la razon de que ellos eran los dioses tutelares de las casas que habian habitado. Ahora, si me preguntas por qué el fuego es el que sirve de refugio á las almas recibidas en la gloria del Criador, te responderé con Hesíodo que el alma debe morar en un elemento sin mancha y que estando el aire, la tierra y el agua cargados de miasmas y mancillas, solamente el fuego es purificadorio.

—En verdad, dijo Silvia, no entiendo palabra de ciencia, y trabajo me costaria tener presentes todas tus autoridades.

—Y qué ¡no hay mucho que agradecer á la ciencia si te da la certeza, muerto yo, de que vivo todavía á tu lado?

—¡El caso es que tenga yo esa certeza!

—¡Quién sabe? Uno cree lo que desea.

—¡Creerías tú que el hogar tiene espíritus?

—Tal vez sí.

—¡Ah!... ¡y la prueba?

—¡La prueba! la prueba es que me encelo de sus resplandores que á veces me parecen otros tantos ojos que contemplan tu hermosura.

—¡Oh! eso no tiene nada de extraño, cuando tú te encelas de todo.

—¡Sí, es verdad! exclamó con amor Alarico, me encelo de la mirada que se encuentra con la tuya, me encelo del tierno niño que acaricias, me encelo del espejo que refleja tus facciones, me encelo de la moribunda flor que cuelga en tu pecho, me encelo de todo cuanto se mueve en torno de tí, animado ó no, inteligente ó abstracto. Y mira, para que veas hasta dónde llegan mis zelos, ¡oh cándida y pura paloma mia! ¡ves la bujía apagada, gastada por las horas que vuelan; ves el hogar ya sin calor ninguno, y que no le queda mas que una llama, reflejando contra las cortinas blancas de tu lecho virginal la sombra trazada por tu cuerpo?

—Y ¡qué?

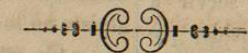
—Pues bien, dijo con melancólica alegría Alarico apagando el leño encendido; perezca esa luz indiscreta; pues tengo zelos de mi sombra.

(Continuará).

TORCUATO TASSO.

Este famoso poeta italiano nació en Sorrento y murió en 1395 á la edad de cuarenta y un años. Su cadáver, decorado con una toga y coronado con un laurel, fué paseado por las calles de la ciudad de Roma acompañado de toda la corte palatina y de un inmenso concurso de nobles y literatos. Apiñábase la gente para mirar por la postrera vez al ornato de su siglo.

MISCELÁNEA.



¡CANARIOS!

—Por la señora L. M. de D.—

Hace pocos dias hice un paseo á un lugar cuyo nombre no importa saber. Bellas huertas y deliciosos jardines adornaban ese encantador Eden, en el cual me pasé quince alegres dias: alegres, porque los invertia solo en comer, vagar y dormir. En el antepenúltimo al de mi regreso, tenia yo en el bolsillo veinte pesos, fruto de mis economías y ahorros, y como deseaba deshacerme de ellos, se me ocurrió emplearlos en compra de canarios, avecitas que con su melodioso canto saben regalar tan agradablemente nuestro oido. Allí habia cria de ellos, y así me era fácil llevar adelante mi capricho.

Temprano pues me levanté en el indicado dia, y después de haber arreglado mi tocado y refrigerado el estómago, me dirijo acompañada de Ana mi criada á la casa que se me indicó ser la en que se me podrian vender los canarios. Llego á ella, llamo á la puerta y sale á recibirme un jóven como de treinta años de edad, de cuerpo gallardo, color moreno, ojos negros grandes, de mirar apacible, pero de picaresca expresion. Un hermoso gorro de terciopelo azul bordado con hilo de plata, un pantalon de casimir verde oscuro, y un saco gris, especie de gaban, era el vestido que le adornaba.

—Bien venida sea usted, señora, me dijo este jóven luego que me vió, inclinán-

dose graciosamente y saludándome con un libro que llevaba en la mano, que no dudo fuera un tratado de Botánica, porque en unas de sus fojas ví dibujados árboles y flores.

—Buenos dias, le contesté.

—Pase, pase usted, señora. Hace un sol y un calor terribles: este emparrado, mostrándome con la mano uno que daba entrada al jardin, le ofreceré á usted una sombra donde podrá descansar ó hacer lo que mas le agrade.

—Acepto, caballero, tanto por haber llegado á este hermoso sitio al que me he dirigido para tratar con su dueño de un negocio que me interesa, como porque efectivamente el sol me ha hecho sufrir mucho.

—Puede usted, señora, mandar lo que guste: pronto está á servirla quien tiene el honor de recibir su apreciable visita.

Y al hacerme esta afable oferta, me presentaba el brazo para ayudarme á pasar el umbral de la puerta, y conducirme á un mullido sofá que se hallaba bajo el hermosísimo emparrado que se me habia indicado.

Sin duda que el mayor empeño se habia puesto en cultivar y conducir aquella viña: sus guias se veian primorosamente entretrejidas con las delgadas astas que formaba el tabladillo que las sostenia, el cual se hallaba apoyado sobre seis graciosas columnas de alabastro de dos y media varas de longitud, repartidas á derecha é izquierda; los pámpanos meciéndose suavemente al ligero soplo de la brisa,

sostenian los verdes racimos que colgaban simétricamente, y contribuían con el follaje á refringir los rayos del sol en aquel ameno y agradable sitio.

—El mayor placer tendré en servir á usted, me repetía mi jóven conocido, parado frente á mí, que ya me hallaba descansando sentada en el sofá. Este pequeño jardín no es tan hermoso como los pensiles de Semíramis, pero ni tan despreciable como otros que solo están al cuidado de un simple é ignorante hortelano. El mio es asistido, vigilado, y puedo decir cultivado por mí mismo; de manera que las clases de flores que en él existen, son lozanas, aromáticas y de colores vivos, porque están sanas. Siempre recojo muy bien sazonadas y en los tiempos oportunos las semillas de mis queridas flores. Los *camotes* de otras, los beneficio y los preservo de todo mal. Los pocos árboles frutales que tengo reciben los auxilios del arte. Como no me faltan recursos para vivir, me he dedicado exclusivamente á servir mi jardín, retirándome del mundo que no presenta mas que sinsabores. Aquí paso mi vida llena de placer y contento, porque vivo en paz y sosiego y recibo con sumo agrado á las personas que tienen la bondad de visitarme. Si usted, señora, tuviere la complacencia de cultivar algunas de mis flores, con gusto le regalaré sus semillas y *camotes*. Las señoras son muy *cariñosas* á las flores, y anhelan por tener las mas bellas: las mias no lo son tanto; pero como no son comunes, y esto se sabe en todo el lugar, creo que el objeto de la visita de usted no ha de ser otro que mas el de lograr la adquisicion de algunas de sus semillas: por esto me he anticipado á los deseos de usted haciéndole mi ofrecimiento.

—Sobremnera agradezco, caballero, la atenta oferta de usted que desde luego a-

provecho; pero usted no me ha hablado de otra curiosidad que adorna su *encantador* jardín. Sé por noticias que se me han dado, que tiene usted una hermosa cria de canarios y ahora que veo ese frondoso alpiste no lo dudo.

—¡Ah, sí! al morir mi tierna madre dejó algunos de esos preciosos animalitos, y aunque por varios dias fueron vistos con indiferencia, al fin recordé eran amados de mi madre y luego les dediqué mi atención. El cuidado que les he dispensado y el temperamento de este valle, han hecho que progresen considerablemente. Allá por entre aquellos abedules, y me señalaba con la mano hácia el poniente, se están divisando las seis pajareras que les he fabricado: están llenas de canarios, unos *pajas*, otros verdaderos gualdas, unos color morado tornasol verde, y ¡lo que son los caprichos de la naturaleza! han nacido y se conservan algunos pintados de varios y brillantes colores. ¡Mucho quiero á estos pobrecitos animalitos! Ellos con su dulcísimo canto me recuerdan los mas bellos dias de mi vida: ¡aquellos en que mi adorada madre recostándome sobre su regazo *imprimia* en mi frente besos puros, celestiales! . . . Dispense usted, señora, estos naturales recuerdos, y hablemos de su negocio.

—Enhorabuena, como usted guste, caballero... El objeto de mi visita no ha sido otro, sino el de suplicar á usted me hiciera la gracia de vender uno ó dos canarios de los que tuviere á bien. Pronto debo regresar á Mazapil, lugar de mi residencia, y veinte pesos que he economizado tengo dedicados á la adquisicion del número que pueda de los animalitos de esta especie, cuya figura y canto me hacen apreciarlos tanto... Vamos, caballero, ¿no me contesta usted? ¿no se determina á otorgarme esta gracia?

—¡Señora!... me es muy doloroso desprenderme de una de mis avecitas; pero es necesario evitar á todo trance que me califique usted de grosero y mal educado. Venderé á usted canarios; pero bajo una condicion...

—Sí, sí, como usted guste: desde ahora me sujeto á las condiciones que quiera ponerme; porque en verdad tengo interés en llevarme aunque sea un canario.

—Muy sencilla es la condicion que debo poner á usted, señora. ¿Dice usted que la cantidad de veinte pesos tiene destinada para la compra de canarios?

—Sí, señor, veinte pesos, y están á las órdenes de usted.

—No, todavía no, cumpla usted la condicion y luego recibo yo el dinero y usted los pajaritos.

—Pues bien, diga usted.

El jóven jardinero se quedó por un momento pensativo, y luego dirigiéndome una halagüeña mirada y manifestándome un semblante risueño:

—Deseo que con solo veinte reales se haga usted de bastantes canarios para poner una cria. Quiero dárselos á precios módicos: los machos me los pagará usted á cuatro reales, las hembras á medio y los polluelos á dos por medio. De todo me ha de comprar usted, porque solo así quiero vender, *entendidos* de que precisamente ha de llevar usted el número de veinte, con los veinte reales, sin que le falte ni le sobre dinero, sin que le falte un solo canario para el número de veinte, ni se exceda de él en uno solo. Veinte reales, veinte canarios con machos, hembras y polluelos. Tiene usted, señora, una hora de término, ó menos si gustare para exigir el cumplimiento de mi obligacion. En el entre tanto si le place, puede visitar las pajareras y todo el jardín: es reducido y aquí no mortifica el calor ni el ardor del

TOM. II.

sol. El ejercicio en sitios como este es bastante saludable. Dejo á usted en entera libertad para que obre como sea mas de su agrado. (Concluirá.)

A LOS AFIONADOS A LAS FLORES.

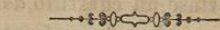
Es un error sembrar muy juntas las semillas, pues así se dificulta el crecimiento por falta de nutricion, como se deja ver después por lo débil del tallo y lo pajizo de las hojas. Esto se advierte particularmente en la clavellina (*mignonette* de los franceses). Las plantas deben separarse unas de otras luego que nacen.

CHARADA.

Tres sílabas es mi todo,
Y mi primera te da
Luego el nombre de una letra
De nuestro A. B. C. vulgar:
Si le añades la segunda
Ya tambien advertirás
Que se aplica á los espacios
Lo que allí se te dirá.
Con la segunda y primera
Una cosa encontrarás
Que tienen los colegiales
De preferencia no mas.
Y con la misma primera
Y mi tercera, hallarás
Lo que enajena á los hombres
En el bosque, sin igual.
Mi total es una parte
Precisa en todo animal,
Pues luego que se le quita
Inerte se quedará.

FLOR DE OLORSZ.

La solucion en el número siguiente.



EXPLICACION

DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR:

CATARINA.

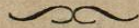
P.—34

ECONOMÍA DOMÉSTICA.



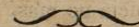
LUNARES.

Todo remedio para quitar los LUNARES del cutis son peores que inútiles, pues cuando merced á una molesta y dolorosa curacion llegasen á verse desterrados los LUNARES, se aparecerá luego en su lugar una cicatriz imborrable y mucho mas fea que aquellos.



POTAJE DE HARINA DE AVENA.

Tómense cuatro cucharadas (con cucharas grandes) de la mejor HARINA DE AVENA, humedézcase poco á poco con leche caliente hasta que se haya absorbido media azumbre (dos cuartillos) y luego muévase apresuradamente en media azumbre (dos cuartillos) de agua hirviendo, dejando hervir todo junto hasta que haya quedado espeso. Muévase mientras está cocándose para que no se llene de grumos.

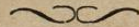


ENSALADA DE NARANJA.

Tómese una docena de naranjas finas y maduras, córtense en rebanadas sin mondarlas, dejando que las rebanadas vayan cayendo en una vasija ancha que resista el fuego. Espolvóreseles lo que de canela en polvo quepa en una cuchara de tomar té y tambien cuatro onzas de azúcar de pilon. Encima de las naranjas así dispuestas viértase un cuartillo de aguardiente coñac; préndase fuego á este y menéese sin cesar cuanto tiempo dure ardiendo, y luego que se haya apagado la llama, sírvase caliente

PARA QUITAR DE LA SEDA O LA CACHEMIRA LAS MANCHAS DE GRASA.

Empléese el espíritu de trementina ó éter; pero es preciso lavar muy bien la parte manchada después de la aplicacion de la trementina ó el éter, para impedir que quede con otra mancha. Cuando el color sea de los muy delicados, puede aplicarse con provecho un poco de hiel de toro.



PARA LIMPIAR

EL MARFIL Y EL HUESO.

Empléese una solucion de alumbre, con la cual se lavará uno ú otro.



LA DENTADURA.

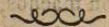
La sal es muy nociva á la DENTADURA: tambien lo es el alumbre. Los cepillos suaves son indisputablemente mas propios que los ásperos. Enjuáguese la boca dos ó tres veces al dia con agua pura y fresca revuelta con unas gotas de tintura de mirra.



PARA CORTAR

EL FLUJO DE SANGRE DE LAS NARICES, LLAMADO HEMORRAGIA NASAL.

Tómese una toalla, empátese en agua clara, fresca y aplíquese á la frente.



PARA QUITAR

LAS MANCHAS DE CERA DEL TERCIOPELO.

Tómese un pedazo de pan tostado muy caliente y aplíquese á la mancha. Cuídese de no emplear este método con el TERCIOPELO encarnado.

A LA SEÑORITA

ERES ÍDOLO DE AMOR.

Dolores, desamor y desconsuelo
Sobre mí sin cesar el cielo envía;
Mas siendo los dolores don del cielo,
Son los Dolores la esperanza mía.

PERDONA, tierna amiga,
Que ora tu nombre al corazon dé penas;
Descanso en su fatiga
No esperes que consiga,
Cuando el amor lo arrastra entre cadenas.

En doloroso acento
Mi triste queja escuchará tu oido,
Á mi penar atento:
Naciste al sentimiento,
Y yo á sufrir Dolores he nacido.
No temas por ventura
Que necia afectacion mezcle mi labio
Al decir mi tristura;
Que nunca en mi amargura
Pedí al amor venganza de su agravio.

Yo ví mis ilusiones
Volar perdidas al soplar sañudo
De encontradas pasiones,
Y nunca sus prisiones
Romper mi corazon bastante pudo.

En este desvarío,
En este de mi afan vano deseo,
Aun goza el pecho mio,
Y estorba al hado impío
Alzarse vencedor á su trofeo.
Si al menos ¡ay! pudiera
Con lágrimas templar tantos enojos -
Como la suerte fiera
Me brinda en mi carrera...
¡Lágrimas sin cesar dieran mis ojos!

Mas busco en mi desvelo
Otro pecho de amores castigado,
Que comprenda mi anhelo;
Que en tanto desconsuelo
Sentir, solo sentir es mi cuidado.
Fuera estéril porfía
Pedir al mundo alivio á mis Dolores,
Descanso á mi agonía:
La plácida alegría
Siempre al dolor le niega sus favores.
Á tí empero que pagas
Tributo de pesar al amor ciego,
Y constante le halagas
Con ilusiones vagas,
¡Á tí, Dolores, compasion te ruego!
Compasion de ternura,
Simpática, veraz, dulce, sublime...
Igual á tu hermosura....
Que calme mi locura,
Que alivie el peso que tenaz me oprime.
Odiosa adversa suerte
Me condena á vivir en lo pasado,
Si no quiero la muerte.
El ansia de quererte
Este recuerdo, Lola, me ha inspirado.
¡Ay! en mi acerbo duelo,
No el sufrimiento embarga la memoria
De mi constante anhelo.
¿Quién me dará consuelo?
¿Quién la esperanza volverá á mi gloria?

A. G. C.

EL AMOR MATERNAL.

MUCHOS géneros hay de amores, ¿no es verdad, amable lectora mia?

Hay amor á la amiga, ese afecto que no por llamarse modestamente amistad deja de tener los mismos goces y las mismas penas, las propias glorias y los propios tormentos, las mismísimas bonanzas y las propísimas tormentas, las mismas fases y alternativas, en suma, que el otro amor, el amor de un sexo á otro. Pues en resumidas cuentas, lectora mia, no hay mas diferencia, á mi ver por lo menos, que el ser la amistad un amor entre individuos de idéntico sexo.

Hay amor á un *uno*, amor que suele acarrear tan funestos resultados cuando no le guia la razon, y con el cual es necesario irse con infinito tiento, como se hace cuando se quiere coger á la voluble mariposa ó cuando se trata de cortar una rosa de castilla.

Hay amor á una palomita, al perrito faldero, á la clavellina, amor al hermano.... ¡No pocas veces he visto á preciosas señoritas á punto de desmayarse por la muerte del palomito ó del perrito ó por la marchitez de la clavellina!....

Pero bien, ¿qué vale alguno de estos amores, qué valen todos estos amores juntos comparados con el amor delicioso, di-

vino, desinteresado cual ninguno, sincero cual no otro, el amor de la madre por el hijo?

Mira, amable lectora mia, mira con qué satisfaccion tan pura se recrea esa madre en su preciosa criaturita. No acertaria uno á decir cuál de los dos serenos y apacibles júbilos es mas cándido, si el de la jóven ó el de la niña que en su regazo tiene.

Y si tú, preciosa lectora, disfrutas la dicha de tener en tus brazos, en los momentos que lees estas mis líneas, el fruto de tu tierno y legítimo amor, á la criatura que te recuerda sin cesar los sagrados vínculos que te enlazan á tu esposo y los deberes que á la faz de Dios y del mundo te has impuesto; que ausente de la patria te recuerda los sitios en que naciste y las personas que te fueron caras; que te representa, en la pureza de su tierno corazón, la inocencia de la virtud; que alegra tus horas de pesar ó tedio; si tú, digo, tienes en tus brazos, cuando esto lees, á la tierna prenda de tu legítimo, tierno y delicioso amor, bien comprenderás cuán grande, cuán puro, cuán deleitoso es el amor de madre, y cuán mezquino, impuro y tedioso son junto á él todos los otros.

ABECÉ.

ZINAIM Y NIDDA.

Traducido por la señorita doña Dolores Chavero.

(CONCLUYE.)

YO no sé; pero al oír su idioma que no comprendia, me pareció oír pronunciar una sentencia contra mi hermana y su compañera. El espanto me sobrecojió, y precipitándome por entre la selva, corrí sin saber qué camino debia seguir. Mi turbacion aumentó, me extravié, é hice vanos esfuerzos para llegar hasta la gruta... ¡Ay! era de noche cuando encontré el camino... Fué inútil por entonces apresurarme, y me dirigí lentamente á la gruta. Estaba en silencio... Nidda no estaba sentada aguardándome segun su costumbre, sobre el césped que circundaba el arroyo... no me atreví á entrar. Estaba yo débil, sin valor: con mano trémula enjugaba el sudor frio que cubria mi frente, pero súbitamente me reanimé al oír algunos lamentos; me arrojé á la gruta, y al ver á Liana suspirando y vertiendo lágrimas exclamé:

—¡Estais sola, Liana!.. ¿dónde está mi hermana? ¡hablad, os lo suplico!... ¿dónde está? Voy á buscarla y no volveré antes de haberla encontrado... Liana no me respondió: entonces comprendí mi desgracia y caí sin movimiento. Liana me levanta y consigue volverme á la vida. Le preguntaba yo sin cesar por mi hermana,

y no pudiendo por mas tiempo ocultarme una explicacion que yo exigia, bañada en lágrimas me dijo:

—Afligida Nidda de vuestra larga ausencia, quiso ir á buscaros: en vano quiso disuadirla de su funesto proyecto; pues la amistad hablaba en su corazón. No quiso oírme, y acallando con caricias las reprensiones que yo le dirigia, consiguió llevarme consigo. Vagamos mucho tiempo por entre el bosque; habiéndose separado Nidda de mí un instante, oí de repente que daba gritos lamentables. Asustada corrí hácia ella; pero ¡ay de mí! llegué demasiado tarde. Dos hombres armados se apoderaron de ella y huyeron precipitadamente. Nidda gemia como la oveja arrebatada del redil: clamaba por vos, clamaba por mí tambien; pero mi valor y mi desesperacion fueron inútiles. Después de haber seguido durante un cuarto de hora las huellas de los raptos de Nidda, me detuve agobiada por la fatiga y el dolor. ¡Oh Zinaim, perdonadme si no estoy muerta de pesar, si me atrevo á aparecer culpada á vuestros ojos! He querido instruiros de vuestra desgracia, obtener vuestro perdon y descender luego al sepulcro con menos amarguras.... Liana á